

Carta de Berlín.

Los neonazis y el ritual del Holocausto

Luis Pulido Ritter

Hannah Arendt, en los años sesenta, tuvo la lucidez de ver y criticar la ritualización que se imponía sobre el Holocausto, es decir, ser convertido en tema de la opinión pública con sus discursos ya preparados de antemano, los golpes de pecho de culpabilidad y los llamados de conciencia. A las víctimas del Holocausto se las trataría como soldados caídos, se les levantarían monumentos y se declararían días especiales para recordarlas. Esta crítica de ella le valió la animosidad tanto de la comunidad judía ortodoxa como del *establishment* político de Occidente y, especialmente, de Alemania, que ya había comenzado a definir el tema del Holocausto como parte de su culpabilidad nacional. Efectivamente, la posición de Arendt coincidía con otras posiciones suyas como, por ejemplo, su crítica de la generación del sesenta y ocho en Alemania, una generación que, con la revolución contra el orden burgués, le parecía tan unidimensional –tan alemán–, y, además, su insistente exigencia de que en los Estados Unidos se leyera a Heidegger.

Este año se cumplen sesenta años de la llegada de las tropas soviéticas a Auschwitz. El problema central de Arendt no eran las víctimas, como tema de ritualización, que es una manera oficial de hablar sobre las víctimas, sin hablar de ellas, y pasarlas así al olvido. La crítica de Arendt era la ritualización como tema. No obstante, a pesar de esta ritualización, que forma parte de la identidad de una nación –quizás como la entendía Renan en cuanto discurso que recrea, ya fueren «glorias» pasadas o proyectos futuros, aunque en este caso es una catástrofe nacional– uno se da cuenta de qué pesada es la atmósfera cuando se habla del tema de los judíos y, especialmente, del Holocausto en Alemania. Este es un asunto que no puede recrear la identidad positiva de una nación o, mejor dicho, su existencia como tema es precisamente que a partir de este genocidio una nación encuentra una responsabilidad y una enseñanza histórica. Todavía pueden encontrarse personas que, mencionando la palabra judío, no levantan la voz, como para que nadie se entere de qué está hablándose. Es algo que enrarece el ambiente,

cambia el tono de la voz y transforma los cuerpos. Y a pesar de que, en Alemania, prácticamente ya no viven judíos –últimamente ha habido un crecimiento de la comunidad judía por la emigración rusa– es como si estuvieran allí todos los días, como imagen, como acontecimiento, en fin, como ritual. El tema judío es paralelo a la ausencia práctica del judío en la vida cotidiana, aparte de algún periodista o de algún escritor que están frecuentemente en el espacio público. No es como el turco al cual vemos en el metro, en la calle, en las escuelas. El turco es un problema para la sociedad alemana porque es el problema concreto de la inmigración. En cambio, el judío, como problema, es la conciencia, la culpabilidad y la responsabilidad histórica. Dos obstáculos de un país que le impiden ser, como en una ocasión lo expresó Henry Kissinger, tan sólo una economía, lo que quizás le hubiera gustado ser.

Hay un artista alemán que ha querido traer al judío a la vida cotidiana. En Berlín plantea recordárnoslo todos los días con unas pequeñas placas de metal incrustadas en las aceras y en el umbral de los edificios donde vivieron judíos que fueron deportados. No faltaron los que protestaron contra esta acción, pues no querían encontrarse con muertos a la entrada de sus puertas. Este asalto a la vida cotidiana deconstruye un tema que ha sido suspendido en el olvido por el ritual oficial, no sólo del Estado, sino también por la forma normal de recitación cotidiana del mismo. Estas pequeñas, diminutas y llamativas placas no son fáciles de advertir para el transeúnte pero, cuando lo hacen, hablan sobre el individuo que allí vivió, porque en cada placa está el nombre y la fecha de nacimiento del deportado. Contrastan con el monumento construido en el centro de Berlín, al lado de Brandenburger Tor, una verdadera mole de cemento de miles de pilares, cuyo objetivo es hacer sentir al observador que entra en ese laberinto, el sentimiento de miedo, soledad e inseguridad de las víctimas del nacional-socialismo. Podría discutirse mucho si se lograra este efecto. Lo que sí es cierto es que ese monumento, con el efecto que quiere causar, pertenece a ese estado de culpabilidad nacional que ha convertido al judío en monumento. Quiere hacemos recordar con sus cientos de pilares la barbarie industrial de la muerte –hoy día se habla de limpieza étnica–. Es tan diferente del método de aquel soldado norteamericano, el capitán Richmond, que ordenaba a los residentes de un pueblo, que vivían justo al lado de un campo de concentración, y que según éstos no se habían enterado del crimen y ni olido tampoco la pestilencia del gas, a vestir a los cadáveres desnudos, porque –según él– tenían que ser enterrados con dignidad. El capitán Richmond daba sus órdenes en inglés, pero no hubo

nadie que no supiera de qué se trataba. No fue necesario tener diccionarios e intérpretes. Fue como si la gente del pueblo conociera el inglés de toda la vida. El capitán ordenaba que transportaran los cadáveres al lugar donde serían enterrados. Es más, al paso de los cadáveres por el pueblo, no permitía que nadie permaneciera con el sombrero puesto. Y es que el problema del genocidio, no fue tan sólo la liquidación, sino que nadie «sabía» qué había sucedido, nadie se había «enterado», nadie se sentía responsable. El mismo Göring, que había firmado decretos de deportación, no «sabía» qué había sucedido y, ya viendo lo inevitable, terminó suicidándose en su celda. Fue como un secreto compartido por los individuos, por un pueblo, por una región, por una ciudad y por una nación.

En los años cincuenta, pues, cuando termina la desnazificación que, en verdad, fue pasar por el lavarropas, no el dinero sucio sino los crímenes de una buena cantidad de antiguos nazis, Alemania se dedica a ser una economía, a construir su llamado milagro económico, un milagro que en parte es posible en el contexto de la Guerra Fría. Este milagro, sin embargo, experimenta su primer choque con la crisis del petróleo en 1974, que revela la dependencia del país, y de las economías occidentales, respecto a la globalización –palabra ésta que nadie utilizaba por aquel entonces–.

En un país donde el antisemitismo ha venido aumentando en los últimos años, parece ser que los únicos que rompen el consenso de la ritualización del Holocausto son los neonazis. En Dresde –la antigua capital del reino sajón– ellos están representados en el parlamento regional, y afirman que también debe designarse como Holocausto el bombardeo de la ciudad por los ingleses y los norteamericanos, en la que murieron miles de habitantes. Lo que asimismo se ha probado es que, justamente, por las bombas, miles de judíos pudieron salvar sus vidas, porque la ciudad era un centro clave para el transporte de los deportados hacia los campos de concentración. Con el bombardeo de Dresde se trató de intimidar a la población, combatir el terror con el terror, política militar de la cual dudaba el mismo Churchill. Lo cierto es que el bombardeo no quebró la ilusión de que la guerra se ganaría, aunque fuera por la ayuda de Dios que pusiera en manos de Hitler un arma milagrosa. Dresde pertenece, como argumento de los neonazis, a otros que han sido incluidos en la agenda de este populismo de derecha que también se opuso a la guerra de Irak, por su antiamericanismo, y se opone a la existencia del Estado de Israel, por su antisemitismo. Este rompimiento del consenso en cuanto a la ritualización del Holocausto

es la otra cara de la moneda: banalización del tema, no por la memoria codificada, que ahoga el sentido, sino por querer imponer un sustituto ritualizado en el espacio público: Dresde.

El judío está ritualizado en el espacio público, creado monumentalmente, cosa que impide hasta creer que hay judíos laicos, que no leen necesariamente la Torah, que no tocan obligadamente el violín y que también contraen matrimonios con no judíos. Resulta difícil imaginarse que en Tel Aviv haya parejas de enamorados acostados en las playas, que las muchachas caminen en bikini y que los jóvenes bailen al tiempo de Portership o Lenny Kravitz. En el espacio público la imagen del judío está tan ocupada por el creyente ortodoxo que impide ver que sí hay una llamada «comunidad» que, precisamente, ha pasado por lo que se comprende como la secularización. Se pueden encontrar judíos que primero son alemanes, argentinos, panameños e israelíes. Y después judíos. Esta monumentalización y ritualización del tema judío es precisamente lo que ha determinado —en gran parte— que se siga tratando lo judío de una manera esencialista y romántica. No vemos a individuos, sino sobre todo a un pueblo, a una etnia y, por lo tanto, puede comprenderse de allí que algunos hayan tratado de individualizar el Holocausto, ya sea por el registro individualizado de los números de deportación —que es una tarea faraónica— o la particularización de los destinos individuales o familiares, maneras éstas de hacer menos abstracta la representación del genocidio.

Se puede ser antijudío o antisemita, que es racismo, pero también ser antisionista, es decir, estar contra Israel. Son dos cosas diferentes aunque, frecuentemente, el antisionismo lleva en su seno fuertes dosis de antisemitismo. Esta ausencia de diferenciación entre sionismo y semitismo, que fueron tan frecuentemente confundidos en la Guerra Fría, en el contexto del conflicto judío-palestino, no fue extraña a ninguna de las orientaciones ideológicas tanto de la derecha como de la izquierda. Pero es necesario aclarar que el sionismo fue una creación de intelectuales judíos alemanes que, al calor de la ola neorromántica de finales del siglo XIX —un pueblo, una raza, una lengua— crearon este movimiento que debería realizar el arribo efectivo a la tierra prometida: Israel. Sin embargo, este país, que nace como resultado del fracaso de la integración europea de los judíos, no es el país tan sólo de los judíos, sino también de cristianos y árabes. Se puede ser israelí por nacimiento —*el ius solis*— sin ser judío. Sin embargo, Israel, como cualquier otra nación civilizada de la tierra, parte del *ius solis*, concepción ilustrada, aunque tenga este elemento romántico —una lengua, una cultura, un país— de la etnia, una creación también europea.

La ritualización del Holocausto ha abierto en Alemania, sin embargo, las puertas para que otras comunidades entren en el espacio público del país, comunidades a las que sólo se conocía por su nombre y por su condición de víctimas. Por ejemplo, los Sinti y Romas han comenzado a ocupar el espacio público. Es frecuente ver a los representantes de esta comunidad exigir también su espacio en la representación del genocidio. Y también exigen monumentos. Es como si, finalmente, las comunidades pasaran a ser integradas en la identidad de una nación cribadas por el tamiz del recordatorio. Esto ha sido necesario y lo es en un país como Alemania, que entra en el mundo globalizado con una población que no define su identidad por la sangre o el origen. Precisamente el gran problema de Alemania es cómo integrar en la idea de nación a millones de personas –muchos de creencia musulmana– con ciertos valores como la democracia y la tolerancia. El aprendizaje de la lengua, por supuesto, es un paso importante, pero no es suficiente. Lo cierto es que Alemania, por su propia experiencia histórica, tiene la gran oportunidad de dar un paso ejemplar en las políticas de integración y, además, el mundo –al contrario de lo que afirmó el filósofo Adorno– puede seguir escribiendo y leyendo poesía después de Auschwitz.



